

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 6 JUNIO 1896. NÚM. 23

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ESCARCEOS SOBRE LA FUSION

Me pide Sánchez Pérez que descartemos de nuestra conversación política la personalidad del Sr. Pi, y sin vacilar accedo; no por las razones que me da, sino por si esto pudiera privarme del gusto de departir con él.

Y para que se vea cuán decidido estoy á hacerme el desentendido en todo lo que se relacione con el Sr. Pi, voy á copiar las pullitas que Sánchez Pérez me suelta, después de elogiar á su jefe de un modo que debiera incitar-me á contradecirle:

«Si fuese yo á decir todo lo bueno que de Pi y Margall pienso, mi querido amigo Nakens se escandalizaría y hasta diría que soy idólatra y siervo y cortesano y... todo eso que con espontánea y característica vehemencia suele llamar el valiente director de EL MOTÍN á los que se permiten el lujo imperdonable de no pensar lo mismo que él piensa.»

Aquí había ya materia suficiente para charlar un rato á costa de D. Francisco; más como no quiero hacerlo, doy siete vueltas á la llave del arca donde encierro mi espontánea vehemencia, y sigo copiando:

«Pues nada, querido Pepe, nada; ni soy idólatra, ni esclavo, ni adúlador, ¿qué voy á ser? No creo en la infalibilidad de Pi, ni en la de nadie, por supuesto (Sumo Pontífice inclusive); no creo en la santidad de Pi, como que no creo en ningún santo ni aun en San Pedro Regalado—y eso que á santo Regalado no hay que mirarle... la santidad;—creo que Pi y Margall (lo mismo que todos nosotros) tiene defectos, y tendrá sus flaquezas, y habrá tenido debilidades, y sentirá, como cada hijo de vecino, la influencia de humanas pasiones... pues ¿por qué no? ¿No es hombre lo mismo que los otros? Pues si fuera infalible, impecable, perfecto, no sería hombre, sería un ser sobrehumano y estaría fuera del mundo, allá en las elevadas regiones de lo *ultra-físico*.

Pero yo que, en una vida periodística de muy cerca de cuarenta años, he tenido ocasión de tratar y de conocer á casi todos nuestros personajes políticos, aseguro, bajo la fé de mi palabra, que, en el resultado de una selección imparcialmente realizada, figura en primer término el jefe de los federales españoles: Don Francisco Pi y Margall.

No es un Dios, no es un santo, no es un ser perfecto, sin mezcla de debilidad humana—pero, dentro de sus condiciones de hombre—me parece de lo mejor que hoy tenemos, y de lo que hemos tenido hace ya muchos años.

Y desde luego es indiscutiblemente muy superior, muy superior, MUCHISIMO, á la docena y media de *polítiquitos* moralmente entecos y desmedrados, con cuya jefatura pretenden sustituir la de Pi y Margall bastantes de los que vociferan contra los jefes, con el fin único de serlo ellos.»

Sacúdanse la mosca los que se crean aludidos en los últimos renglones, porque ni de cerca ni de lejos se refieren á mí, según se reconoce y confiesa en los siguientes:

«Ya sé que Pepe Nakens no está entre esos; ya sé que él es de los muy contados que hablan con sin-

ceridad, y que—equivocándose unas veces y acertando otras (porque tampoco es infalible ¿qué va á ser?; ni presume de ello)—dice lo que siente.

Por eso está solo casi siempre; por eso los que ayer le halagaron, le abandonan hoy; y los que le halaguen hoy, le volverán mañana la espalda.»

Cierto es lo que Sánchez Pérez dice que me pasa, tan cierto como que desprecio, creyendo honrarlos aun así, á los que me han vuelto la espalda. Soy de la madera de aquél Ricardo que respondía al preguntarle con quién contaba: «¡Conmigo!»

Y vamos con el último elogio de Sánchez Pérez á Pi:

«¡Ay! ojalá todos los hombres que más ó menos directamente influyen en nuestra política se parecieran á Pi y Margall y tuvieran algo de su acreditado desinterés, algo de su serenidad de juicio, algo de su rectitud de criterio, algo de su tenacidad en la propaganda, algo de su alteza de miras, que, á suceder esto, otro gallo nos cantara.»

Aquí, con la habilidad periodística que siempre tuvo, niega Sánchez Pérez á los jefes, subjefes y jefecillos desinterés, juicio sereno, rectitud de criterio etc.; pero como yo no soy de esos,

allá que los aludidos se las entiendan con él.

Una sola cosa ha de permitirme mi amigo; esta: que me extrañe de que ese hombre tan por cima de todos, ese Pi á quien no se parece ninguno de sus contemporáneos, se reserve para mejor ocasión. Estamos tan necesitados de hombres excepcionales, que acogeríamos como á un Mesías al que se presentara á salvarnos. Si la falta de grandes hombres nos tiene perdidos, ¿cómo no lamentar que el único que hay en España oculte tan cuidadosamente sus especialísimas condiciones y se sacrifique hasta el punto de fingir que se parece á los demás míseros mortales, y aun que está por bajo de muchos en bastantes casos?

Hasta aquí el primer artículo de los que Sánchez Pérez ha dedicado á contestar á lo que le pregunté, y en el que, como se ha visto, se limita á colocar al Sr. Pi sobre todos los republicanos.

A continuación el segundo, en que ya entra un poquito en la cuestión, aun cuando no con la claridad que yo hubiera deseado. Es verdad que le habría sido difícil hacerlo, á pesar de ser maestro consumado en lides periodísticas, sin ponerse alguna vez en contradicción con las teorías de D. Francisco Pi.

Y de que es muy fácil, lo prueba esto que ambos acaban de escribir.

Pi en un artículo publicado en su periódico:

«Nosotros, antes de la lucha; después de la lucha, el pueblo.»

Sánchez Pérez, en el segundo artículo que me dedica y contestando á lo que yo dije acerca de la sumisión á la voluntad del pueblo:

«¡Eh! poco á poco, mi querido amigo, poco á poco... No exageremos esa sumisión á la voluntad del pueblo, cuya soberanía (caso de existir, que eso es para discutido despacio) ha de tener sus limitaciones.

¡Caracoles!... y me quedo corto, compadre; que si al pueblo soberano le viniere en voluntad, por ejemplo, establecer la monarquía absoluta, y estatuir la intolerancia religiosa, yo no me consideraría obligado á someterme.

Dejemos esto bien sentado ¿eh?»

Me parece que la contradicción no admite la menor duda.

MAS SORBE LO MISMO

Y comienza Sánchez Pérez su segundo artículo en esta forma:

«DECÍAMOS AYER... que mi antiguo y buen amigo Nakens y yo deseamos—por considerarlo de necesidad absoluta para el triunfo de la República—la pronta fusión en un *sólo partido republicano*, de todas las agrupaciones y fraccioncitas, en que hoy se encuentra dividida esa colectividad tan importante de la política española.

Pero decía yo—y continúo diciéndolo:—«á eso que á todos conviene y que principalmente conviene al país, no llegaremos nunca.»

—«¡Por los jefes!—«Los pícaros jefes tienen la culpa.»—«Ellos son los que dificultan con sus ambiciones insanas y sus pasioncillas ruines esa común inteligencia, mil veces reclamada por los soldados de fila.»

Así exclamarán de seguro... y lo dirán de buena fé y hablando sinceramente, los *cefalóforos*, que abundan siempre en los partidos populares.

¡Error!; los que dificultan y han dificultado y dificultarán siempre esas inteligencias tan deseadas, son y hay sido y serán los políticos de tercera y cuarta fila; esos, que rodean á los jefes, formando en torno de ellos una especie de cordón sanitario; esos que, á la sombra bienhechora de los jefes, esperan prosperar y conseguir medros y honores y nombradía.

¡Bah! los jefes saben de sobra que donde ellos estuvieren estará, en todo caso, la cabecera del partido; pero los otros, los que se agitan en la sombra y bullen en las antesalas, comprenden que, hecha la fusión, formado un gran partido con todos los partidos que hoy existen, habrían de renunciar á representaciones que hoy tienen, á cargos que hoy ocupan, y con eso, ni transigen, ni transigirán nunca.

Los intereses del país, la conveniencia de la República, el triunfo de las ideas, el bienestar del pueblo... ¿qué les importa á ellos de todas esas majaderías? En lo que ellos piensan es en su secretaría del comité de barrio; en su acta de concejal para el día de mañana; en su empleo después del triunfo; todos los demás son asuntos de muy poca monta.

Y hay (y los hubo siempre y no dejará de haberlos) entre esos políticos de tercera y cuarta fila, quienes en sus desaforadas ambiciones, en los desvanecimientos de su soberbia, sueñan con escalar los primeros puestos, y á ese fin enderezan todos sus actos; y si para ver realizados sus propósitos conviene dividir, dividen; y si es necesario subdividir, subdividen; y si es necesario pulverizar, pulverizan; el caso es—ocurra lo que ocurra—verse á la cabeza de un grupito y ser jefes... ¡Ellos! los que se pasaron lo mejor de su vida abominando de las jefaturas.

Ya sabe Nakens donde están y quienes son los más tenaces enemigos de esas tendencias á la fusión que el director de *El Motín* desea desinteresadamente, y que yo, desinteresadamente también, he deseado siempre.

Por eso creo que cuanto digamos será inútil y cuanto discutamos baldío.»

Mucho de lo que apunta Sánchez Pérez en los párrafos copiados es cierto, y hace años que lo vengo diciéndolo, sin ir más lejos, en el número anterior.

Pero, precisamente por serlo, resulta de una evidencia indiscutible el que aun así los jefes tendrían la culpa de todo, por consentir que á su sombra nazcan y se desarrollen esas miserias y esas pequeñeces.

Fuesen ellos lo que debieran ser, y mal año entonces para esos que describe Sánchez Pérez como si acabara de verlos en la antesala de su jefe; tuvieran patriotismo y alteza de miras, y el pueblo los aplaudiría y seguiría, á despecho de esas camarillas que sólo se forman alrededor de los hombres que las consienten ó las desean.

Lo de que sea inútil cuanto se diga y baldío cuanto se discuta para llegar á la fusión, en modo alguno lo admito. Menos camino hay para ir desde la Unión á la fusión, que había para ir desde el disgregamiento á la Unión, y ya se ha recorrido.

Y en último caso ¿por qué la fracción del Sr. Pi no ha aceptado la Unión, á pesar de sus reconocidas deficiencias, para trabajar dentro de ella por llegar á la fusión? ¿Por qué no ha

tomado la primera como punto de partida para llegar á la segunda?

Desengáñese mi querido amigo; los que se oponen sistemáticamente á toda inteligencia entre los republicanos, esos deben ser condenados; no los que entran en todos los conciertos de buena fe, así se vean obligados á reconocer luego que se equivocaron.

Sánchez Pérez termina su segundo artículo de este modo:

«Y... si le parece á mi amigo Nakens, basta de matemáticas y veamos si quieren ir á la fusión nuestros correligionarios.—Que ya verá usted como no quieren.»

Trabaje él para que los suyos la acepten, no en la forma que siempre la han propuesto, imponiendo condiciones previas, sino franca, noble y desinteresadamente, y tenga por seguro que los obstáculos no han de partir de las fracciones que forman la Unión republicana, ni de los individuos que, sin pertenecer á ninguna, la defienden y desean que responda á las esperanzas que ha despertado.

A CADA CUAL LO SUYO

Los periódicos que me suman con Pi en lo de combatir la Unión republicana, ó no leen con cuidado lo que escribo, ó lo hacen, como es frecuente en política, con el sano propósito de enzarzarnos á los unos con los otros.

Una cosa es que yo crea deficiente la Unión para llegar á donde deseamos, y otra que la combata con el fin de que desaparezca.

En el primer artículo que dediqué á este asunto, lo dije bien claro: «la unión pactada puede servirnos admirablemente como base para llegar á la fusión.»

Aunque bien mirado, no debería extrañarme esto: con todos he coincidido y he disentido de todos; por turno me han puesto en las nubes todas las fracciones, y por turno también me han censurado. Y siendo mi marcha la misma siempre, bien puedo permitirme el lujo de creer que ellos son los que varían, no yo.

Si en algún punto coincido ahora con Pi en la idea, con seguridad que no coincido en el propósito: el suyo ha sido siempre disgregar é imponerse; el mío unir y retraerme. Yo he trabajado por la coalición, la unión, ó la fusión, según los tiempos y las circunstancias, sin aspirar al puesto más insignificante en ninguno de los organismos que se han formado, y sin preocuparme de que fuese ésta ó aquella fracción ó persona la que llevase la voz cantante. Pi, en todo lo que ha hecho, ha buscado el predominio de su partido.

No he combatido nunca las coaliciones ni las uniones de los republicanos por lo que han hecho, si no por lo que han dejado de hacer: el único crimen imperdonable para mí en política es el de inercia; la política es lucha y lucha constante. Pi, por el contrario, las ha condenado por lo que han hecho: hable el 19 de Septiembre.

Quedemos, pues, en que yo no combato la Unión, si no que la impulso para que se ponga en condiciones de responder mejor á su objeto, y que esto no se parece en nada á lo que hace Pi, que la combate por cumplir la misión que se ha trazado desde que vino á la vida pública, de dividir y perturbar á sus correligionarios.

JOSÉ NAKENS.

RETRATO BIEN HECHO

He ofrecido á Sánchez Pérez prescindir de la personalidad del Sr. Pi en nuestra conversación escrita, y he hecho más todavía en prueba de imparcialidad; copiar los elogios que de él hace, á pesar de no estar conforme con ellos. Creo que, después de esto, bien puedo propinarme la satisfacción de insertar

el siguiente artículo publicado en *La Justicia*, bajo el título *La endecha del Sr. Pi*:

«De tal podemos calificar el artículo que *El Nuevo Régimen* consagra en su último número á juzgar de la Asamblea centralista, y á llorar, una vez más, la realizada unión republicana.

Para defendernos, apenas si valía la pena escribir estas líneas. Si en nuestra Asamblea, voces elocuentísimas han defendido otra vez el principio de la autonomía, escrito en el programa del partido republicano centralista desde su origen, lo han hecho inspiradas en ideas de razón y de justicia que hablaban en los oradores tanto como su nunca desmentido sentimiento patriótico.

Lo confesamos; yo somos separatistas, Sr. Pi. Si lo fuéramos estaríamos en la manigua al lado de Maceo, en vez de estar creando obstáculos á los republicanos desde las columnas de un semanario. Cada cual procede según cree más justo, es verdad, pero las obras deben seguir á las palabras, para que éstas tengan eficacia.

Malas entendederas tiene D. Francisco Pi y Margall; y lo peor es que no esperamos que entienda mejor quien, no por falta de esclarecida inteligencia, sino por obstinación de voluntad sectaria se opone deliberadamente á dejarse convencer.

Cierto que se nota poco entusiasmo en los pueblos. Y, ¿cómo no ha de suceder esto, si los pueblos viven presenciando desde hace años ese duelo á muerte declarado por el Sr. Pi á cuanto discurren los republicanos que tienen el atrevimiento de no pensar como él? ¿Qué ha de extrañar eso, cuando los pueblos ven á sus ídolos de ayer, Castelar y Pi, obstruccionando cuanto pueden el camino de la República?

Para combatir la indiferencia engendrada por la contemplación de tales miserias, indicaban nuestros amigos la necesidad de vigorizar á los republicanos, inculcando en su ánimo al odio contra la monarquía, único odio que se explica ante las desventuras sin límites á la patria acarreadas por el régimen imperante.

Para fomentar este odio, para suscitar dificultades á los gobiernos monárquicos, repara el señor Pi que fuera conveniente acudir al Parlamento.

Esto hemos sostenidos nosotros siempre, y lo seguimos sosteniendo, sin embargo de la firme adhesión prestada á la Unión, en aras de la cual, por esta vez, desistimos de lo que es parte esencial de nuestra vida política. Pero, ¿acaso el señor Pi y Margall tiene autoridad para dirigirnos tal reproche? Abranse los *Diarios de Sesiones* correspondientes á las últimas legislaturas; ¿qué dificultades les suscitó nunca el desconocido jefe federal, ausente diputado que apenas si en ellas parecía á pronunciar la vigésima y siguientes ediciones de su conocido discurso contra *la lista civil*?

Dificultades, sí las suscitaba y sígelas suscitando D. Francisco Pi y Margall á sus correligionarios y afines, asestando en Febrero y Marzo de 1893 circulares traidoras contra la Unión por él firmada, y cooperando, el celoso defensor de la presencia de los republicanos en el Parlamento, para aquella famosa retirada cuya oportunidad habrá de juzgar la historia; dificultades, trátalas de suscitar en este momento el Sr. Pi á la Unión pactada entre los republicanos, así que adoptó dicho señor la resolución de no acudir á las Juntas en las que de la Unión iba á tratarse. ¡Ah, Sr. Pi, Sr. Pi; de poco necesita usted el Parlamento para poner obstáculos á la obra común procurando soliviantar las pasiones de los hombres generosos que han sabido ahogar toda diferencia para que prevalezca la hermosa obra de todos!

Para ello no vacila el exjefe de los federales ni en acudir á aseveraciones calumniosas. Decir que «se sacrifica el amor de las ideas al amor del mando» que «el fin que predomina es alcanzar de cualquier manera el poder», son afirmaciones calumniosas tan groseras, que nos hacen dudar de la inteligencia de su autor, y á las cuales oponemos el más severo, enérgico y rotundo mentís.

Llega el Sr. Pi en su exagerada y censurable pasión hasta usar de argumentos más propios de plaza que de un escritor tan eminente, como el que emplea diciendo con dolorido acento á los federales que de su lado se han apartado por imposible, que se quebrantan las más firmes convicciones por el roce de unos partidos con otros, y que se llegan á considerar pesada y embarazosa carga los principios.

Pero, Sr. Pi de nuestros pecados, ¿es que el ser político sincero y honrado lleva aparejada la condición de ogro salvaje, ó acaso los principios que se profesan son como los vestidos que se desgastan por el roce?

No; nadie ha abdicado de sus principios, ni nadie ha renunciado á lo que su conciencia le dicta

como lo mejor para su patria. Pero la lógica inflexible y abstracta de los principios necesita concordar con la realidad, si ha de traducirse en hechos. Dos caminos había que seguir; ó los republicanos permanecían como Aquiles, retirados cada cual en sus tiendas, esperando como el fiel santón muslín que la montaña viniese á ellos, ó debían aprestarse á la lucha, aplazando sus peculiares aspiraciones para procurar su triunfo cuando la República esté instaurada y consolidada, en aras de esta primera necesidad de instaurarla y consolidarla.

Cuerdamente, los republicanos, han preferido el segundo.

Ya puede el Sr. Pi lamentarse cuanto quiera. Ni él ni cuantos con análogos propósitos, eternos descontentos ó interesados detractores de los correligionarios, se propongan obstaculizar la unión habrán de conseguirlo, por sugestiones de serpiente que para ello inventen. Afortunadamente, ya no quedan entre los republicanos Evas pecadoras, y si Ulises, cuya prudencia les hace adoptar medidas contra los cantos de sirena.

¡A sus años, D. Francisco! No los hemos contado, pero por muchos que sean los federales, no creemos que prevalezca entre ellos el llanto del cocodrilo, ni que olviden que el golpe de gracia asestado á su gran partido, lo fué por el mismísimo D. Francisco Pi y Margall, provocando la excisión con aquel gran ciudadano é insigne patriota que se llamaba Figueras.

No diremos como el abandonado caudillo: «Nosotros antes de la lucha; después de la lucha, el pueblo.»

Pero imitando su admirable concisión, ya que no ese egoísmo profundo que revelan tales palabras, repetimos:

«La Unión republicana antes de la lucha; después del triunfo, la voluntad soberana del pueblo mostrada en las Cortes Constituyentes, votadas por sufragio universal garantizado por las fuerzas de la Unión»

¿Desistirá de su error D. Francisco Pi? Gran satisfacción sería la nuestra.»

Y la de todos; pero ¡ay!, esto sí que es realmente imposible, no el fusionarnos los que ya estamos en la Unión.

CRIMINAL Y SANTO

Ha fallecido como un santo en el pueblo de Flix (Tarragona) el clérigo Antonio Diez y Oriol, conocido por el *cura de Flix* en virtud de los vandálicos hechos que realizó en la última guerra civil.

¿Y de qué otra manera podía morir el varón seráfico entre cuyos humanitarios hechos figura el siguiente, recordado por un colega?

«Era el 19 de Octubre de 1873. Tristani, el cura de Flix y otros cabecillas carlistas con 2.500 hombres rodean, entre Esplugas de Francolí y Prades á 443 soldados del batallón cazadores de Barcelona, derrotándolos después de haber agotado aquellos las municiones en porfiada defensa. 30 soldados, 7 oficiales y el jefe del batallón, teniente coronel Maturana, riegen con su sangre el campo catalán.

Las heridas de Maturana dan testimonio á los suyos de su muerte heroica. Acribillado á bayonetazos, sin vida, se acerca al cadáver con salvaje sonrisa, enseñando rasgador colmillo el cura de Flix, que trueca, masticando acentos de ira, las preces evangélicas, el cristiano responso, la plegaria divina, por el satánico insulto.—«Bien la has pagado perro, ladrón, liberal, masón.—Y seguidamente un puntapié y saliva, escupida por el colmillo á la cara del jefe liberal.

Breves momentos después vestía procaz el cura de Flix la guerrera del malogrado Maturana.»

Bien; pues todo esto y mucho más, da derecho en España á morir tranquilamente, mientras sucumben de hambre las familias de los infelices que lucharon con las hordas de asesinos que comandaba ese cura; y, lo que es más triste aún, á que algunos periódicos que pasan por liberales den la noticia de su muerte deseándole la bienaventuranza.

¿A dónde hemos de ir estando tan degradados? ¿Qué esperar de un pueblo donde criminales de esa estofa no reciben al morir el puntapié moral y el salvazo que el cura de Flix arrojó materialmente á la cara de aquel bravo teniente coronel?

La reacción clerical acabará por convertir á este pueblo en un pueblo de canallas, sin idea maldita de lo que es la dignidad.

FE SIN OBRAS

En la subasta de cuadros de la casa de Osuna ha sido vendido un Cristo encerrado en una urna de madera tallada, del que se dice que, poseyéndolo el duque de Gandía (San Francisco de Borja,) fué llevado á una casa donde había un enfermo de gravedad, quien, por más que se le exhortaba, no quería reconciliarse con Dios.

Depositado el Cristo en la habitación del ateo, se animó durante la noche, recomendando al enfermo que desechara sus extrañas ideas. Al día siguiente, el enfermo, arrepentido, solicitó confesarse.

Admito el milagro, como los admito todos, porque ahora he descubierto que no hay lectura que me regocije más de algún tiempo á esta parte; tanto, que cuando estoy de mal humor, echo mano del *Flores Santorum* ó del *Año Virgíneo*, y son de oír las carcajadas que suelto, ábralos por donde quiera.

Es un remedio contra la hipocondria que recomiendo á las personas de gusto fino y delicado.

Pero no he copiado la noticia por dar cuenta de esta mi afición, sino para extrañarme de que un Cristo tan milagroso, que ha pertenecido además á un Santo, no haya alcanzado en subasta más valor que el de 5.500 pesetas.

Un pelo de la barba de cualquier sabio, ó el más pequeño hueso de un animal raro, alcanza mayor precio en las subastas.

Y no digo nada de los objetos usados por cualquier moza de fama libidinosa.

¡Tiempos menguados para la fe son estos en que vale más un Cristo de oro, aunque sólo pese un kilo y no haya hecho un milagro, que otro de piedra ó madera, de gran tamaño, y milagrero además!

¡Con razón os hecho de menos, tiempos pasados en que ocurría... exactamente lo mismo!

¡OJO, REPUBLICANOS!

Con todas nuestras energías, protestamos contra ciertos trabajos, de origen sospechoso, encaminados á preparar una perturbación de orden público y que, seguramente, no envuelven otro objeto que lastimar y desconcertar la obra de la Unión Republicana, la cual, si se halla resuelta á dar satisfacción á la suprema aspiración del gran partido republicano, lo ha de hacer en el momento oportuno y con la seriedad é intensidad que requiere una obra verdaderamente nacional y patriótica.

Mientras llega el momento oportuno, todos los buenos republicanos deben vivir prevenidos contra ciertos manejos de las seides del régimen imperante, que se valen de todos los medios para contrarrestar la fuerza poderosa de la Unión Republicana, cuyos hombres y organismos cumplirán, cuando llegue la hora, con el más sagrado y augusto de sus deberes: el supremo deber del que depende, en definitiva, el triunfo de la República.

(La Justicia)

LA FE Y EL MENDRUGO

Desde que por el camino de la Iglesia se llega á los dominios de San Panecillo, la plaga de los creyentes sin creencias aumenta que es un gozo. Véase por donde sale ahora el señor Reparaz en un periódico como el *Heraldo de Madrid*:

»Burlense cuanto quieran de tal credulidad y confianza en lo sobrenatural lo que alardean de no creer. No por burlarse destruirán esta grandísima verdad: cuando creíamos, vencíamos y nos temían los enemigos; desde que nos ha salido la plaga de los filósofos que no creen, madre de los políticos que sobre no creer no piensan, los vencidos y temerosos somos nosotros.»

Indigestión de creencia teníamos, y tardamos siete siglos en arrojar á los moros de España, y eso que la divina Providencia nos auxiliaba á lo mejor con milagros y santos que derribaban cien moros de un revés.

Después, y sin perder la creencia, conquistamos territorios en todas las partes del mundo, de donde, andando los tiempos y continuando creyentes hasta la estupidez, nos fueron arrojando sucesivamente.

Y como lo mismo le ha pasado á todos los pueblos, profesen ésta ó aquella religión, hay motivos racionales para suponer que la creencia en lo sobrenatural sirve lo mismo para zurrar que para ser zurrados, es decir, que no sirve para nada.

Y lo prueba el que, si sirviera para algo, deberíamos ahora conquistar al mundo, según el número de creyentes que hay en España.

So pena de confesar que todo lo que vemos es mentira, y que esos que alardean de católicos no son más que unos farsantes y unos buscavidas que se ponen la careta religiosa para ejercer tranquilamente sus malas pasiones.

Que es lo que yo creo, dicho sea con perdón, como acostumbra á decir los campesinos cuando nombran á los cerdos.

LOS JESUITAS EN JÁTIVA

Hay en Játiva una iglesia llamada de San Agustín, que perteneció al antiguo convento de frailes de esta orden.

Dedicada á San Sebastián desde la desaparición de los frailes, estaba este santo adornado de flechas y varios adminículos en el altar mayor; pero como no tenía devotos que aliojaran la bolsa, y la iglesia pasaba una crisis peor que la que en estos momentos sufre España, acordaron los respetables ministros del Señor la destitución de San Sebastián, colocando en su lugar al Corazón de Jesús.

Encontraron inmediatamente un devoto ¿y cómo no? que sacara los cuartos para el asunto, en seguida organizaron una procesión, y ¡afuera San Sebastián y viva el santo nuevo!

Al día siguiente (que fué el último domingo del pasado Abril), llegaron dos *padres* jesuitas y establecieron su correspondiente cofradía; después hicieron una novena de sermones, que, como de costumbre versaron sobre los pícaros libre-pensadores y contra el teatro, y desde entonces la iglesia de San Agustín parece una bolsa de contratación por la bulla y animación que reinan y por los muchos contratos y negocios que allí se ventilan; mejoras todas que debe Játiva al celoso cura *Requeté*, muy conocido por sus antecedentes carlistas y jesuíticos.

Nota.

Estaban invitados á la procesión todas las autoridades y personas de viso, y, para darle mayor esplendor, organizó *Requeté* una comparsa de muchachos jóvenes y bonitos para que salieran á recibir al santo nuevo.

Más ¡ay! las ilusiones del cucaracha salieron defraudadas, puesto que sólo fueron á la procesión unas cuantas parejas de zánganos, de esos que nunca faltan á tales jolgorios. La comparsa de mujeres se quedó en estado de canuto, porque, como dijo muy bien una *devota*, una cosa es ir á misa á lucir el traje y ver al novio, y otra salir en procesión para divertir á la gente.

El cura Plá puede darse por satisfecho del éxito de su obra, pues si bien la procesión fué un fracaso porque las personas que se tienen por católicas no asistieron, para significar así su disgusto por la invasión jesuítica, en cambio no faltan beatas estúpidas ni viejas verdes que paguen los gastos que ocasiona el nuevo orden de cosas, más los honorarios que se embolsan los hijos de Loyola.

¡Pobre Játiva! Siempre fué criadero de curas, frailes y demás gente ordinaria é inútil; y ahora que comenzaba á limpiarse de tanta inmundicia, les sale un *Requeté* que les arroja la semilla jesuítica que todo lo infesta.

ESTRENO DE OBISPO

El día que se festejó en Ciudad Real la fabricación del nuevo obispo, ocurrieron estos graciosos incidentes.

Un cohete, probablemente suscriptor de EL MOTIN, en vez de subir á lo alto, prefirió hacer su amoroso nido en las espaldas de un cura, é incendió su sotana, causándole de paso algún pequeño desperfecto en el rostro que su ama contempla embelesada en las dulces expansiones del hogar.

El humilde sacerdote lióse á hisopazo limpio con el poco precavido pirotécnico, hasta el punto de que por muy poco no rueda por el suelo; de tal modo y con tal furia lo zaran-deaba.

Los fieles no cabían en sí de gozo al presenciar el edificante espectáculo, pero á tres ó cuatro Usías Ilustrísimas les entró tal susto, que se indispusieron y fueron trasladados al palacio episcopal.

En suma, que se divertieron los concurrentes de lo lindo, mucho más que si hubieran ido á los títeres, y que están deseando estrenar otro obispo para refocilarse de nuevo.

Y su gozo hubiera sido completo, á no ser por el triste contraste que formaban las caras mofetudas y coloradas de los clérigos, con las de los infelices mendigos que aguardaban en las mismas calles la limosna de *dos céntimos semanales*, que algunos espléndidos propietarios les dan para que sostengan con algún decoro sus familias y bendigan una religión que tan nobles y grandes abnegaciones inspira.

Pese á EL MOTIN y demás periodicuchos impíos, que sostienen con increíble aplomo que toda idea religiosa enjendra el egoísmo y convierte al hombre en fiera, porque sacrifica la criatura al creador.

TODO ES UNO Y LO MISMO

Han aparecido en Madrid unos apóstoles, de los que dice el *Heraldo*:

«Ellos no habrían venido á difundir la buena nueva, pero lo que es á embaucar á los crédulos, —que por desgracia abundan mucho— y sacarles *santamente* las pesetas, eso sí.

Hasta ahora pareceme que son frailes. Adelante, y ya veremos.

«Habían sentado sus reales en una casa de la calle de Lavapiés, desde donde pretendían curar á la humanidad doliente sin más procedimientos que el agua clara y el poder salutarífico de sus bendiciones y oraciones.»

Quitando lo del agua, frailes me resultan todavía. Aun cuando hasta en lo del agua se parecen. ¡No atribuyen los frailes eficacia curativa al agua bendita, y no sólo para el cuerpo, sino para el alma?

«Pero esa pícara policía, cumpliendo las órdenes del señor gobernador, vino á cortarles anoche su inspiración *apostólica*, causándoles la quiebra de su lucrativa industria y limpiándoles el comedero.»

En esto sí que ya no parecen frailes. A los frailes no los persigue la policía, aunque debiera hacerlo, ni nadie se cuida de limpiarlos el comedero, por más que todo se lo coman.

«Los tales apóstoles, además de curar todas las enfermedades, ejercer de comadrones, etc., etcétera, iniciaban también á sus *creyentes* en los ritos y grotescas ceremonias de una nueva secta creada por ellos para darse más aires de milagreros, y con tal carácter celebraban bautizos á su manera, y hasta se dice que también casamientos y otros sacramentos.»

¡Cuántas barbaridades habrán cometido por esos mundos!

Vuelven á parecer frailes en todo y por todo. Lo que hacen, está calcado en lo que los frailes ejecutan.

Al ser amonestados severamente por el gobernador Civil, uno de los apóstoles contestó con entereza:

«Puesto que así lo quiere el Señor, sufrirán con resignación todo género de persecuciones, pero que no por eso dejarán de reunirse todos los días.»

Todo esto está tomado de lo que dice la leyenda que hacían los cristianos primitivos cuando los Poncies de aquella época los interrogaban.

De todo lo cual, se deduce: que los embaucadores de todos los tiempos y países, toman preferentemente el disfraz religioso; que todos vienen próximamente á hacer lo mismo; que todos viven de los tontos; y que cuando son los menos, los persiguen, y cuando son los más, persiguen ellos.

Guerra, pues, á todo el que, llámese como quiera, se dedica á mostrarnos el cielo para quitarnos lo que tenemos en la tierra.

LA CUESTION SOCIAL

Ha quedado resuelta, y bien, y para siempre, con la inauguración de un Congreso de obreros católicos en Madrid.

Los nombramientos de la Junta directiva han recaído en modestos, humildes y desheredados trabajadores, tales como Monseñor Cretoni, nuncio de Su Santidad; cardenal Sancha, arzobispo de Valencia; obispo de Madrid Alcalá; marqués de Comillas, duque de Sotomayor, marqués de Cubas, almirante Chacón, ministro de la Guerra, marqueses de Monistrol, del Socorro, de Hinojosa, de Pidal, duque de Bailén, señores Sánchez Toca, Rodríguez San Pedro, Bahía y Udaeta, Padre Vicent y otros distinguidos trabajadores.

Los obreros demuestran aquí una previsión igual á la que tendrían los borregos que encomendasen á los lobos la defensa de sus intereses.

COSILLAS

Cánovas ha dicho en pleno Consejo de ministros, que hacen falta en Cuba muchas Ordenes religiosas.

Se le ha censurado por esas declaraciones, cuando hemos debido apoyarle todos. Nunca dió pruebas más palpables de que es un estadista de primera fuerza.

Desoiga, por lo tanto, las censuras, y ordene inmediatamente el regreso del ejército que allí se sacrifica, enviando en su lugar á las hordas de ganapanes que pululan por aquí.

Y yo les auguro á los rebeldes un porvenir más negro que la cara de Maceo, pues á los dos meses no encontrarán ni un ochavo ni siquiera un plátano para alimentarse: todo se lo habrán comido los frailes.

Y hágalo pronto, no vayan los frailes á acabar por hambre con los habitantes de la Península.

Vuelve de Cuba el bravo oficial, y nadie va recibirle. Únicamente su familia se entera de que viene á la Península á curarse de tres graves heridas que en un combate recibió.

Encerrado en una habitación de dos metros en cuadro, pobremente amueblada, cuenta solitario los días y las horas, que se le hacen interminables por que su honor militar le ha ordenado regresar á Cuba en cuanto esté en condiciones de derramar más sangre por su patria.

Y en tanto que este martir de la religión del deber está abandonado de todos, los carruajes obstruyen la calle de Carretas, donde vive el torero Reverte, que fué herido en la última corrida, y la prensa le dedica columnas enteras.

¿Qué es esto? Seucillamente degradación y rebajamiento.

Se ha nombrado una comisión para sablaccar al Verbo, con el piadoso fin de construir un nuevo templo á la Virgen de la Paloma.

En la circular que han repartido dicen, con la mayor inocencia, que *la fe sin obras es letra muerta*, como si las obras que dan testimonio de la fe, fueran únicamente la des aflojar la mosca.

También dicen que cuentan con Dios y con la Virgen de la Paloma, y esto sí que no lo entiendo. Contando con ellos, ¿para qué necesitan molestar á nadie?

¡Siempre pidiendo, y no para remediar al desvalido, levantar al que cae, consolar al que sufre, sino para ellos, para los suyos!

Son insaciables las gentes de Iglesia.

Leo en *El País*.

»Hace días circula con bastante insistencia en algunos círculos el rumor acogido por un periódico de haberse consumado en Sagua la Grande (Cuba) un delito de alta traición á la patria por algunos empleados de aquella Aduana, que, por beneficiarse de 175.000 duros, consintieron un contrabando de guerra de 9.000 rifles y 5.000.000 de cartuchos con destino á los rebeldes.»

¿Les ha valido realmente la traición 175.000 duros? Entonces no les pasará nada. Es lo tradicional.

Me entregan en la calle un prospecto; leo, *El Ramillete*; creo que se trata de un baile de criadas y de horteras, y voy á tirarlo, cuando la divina Providencia hace que mis ojos se fijen en esto:

ADVERTENCIA. Se ruega no lleven las niñas alhajas de ninguna clase, ni rosarios ó devocionarios de precio.

¡Cielos! exclamé; cuando se toman tales precauciones, no me cabe duda que debe ser una función de Iglesia.

Y leí todo el prospecto, y ví que efectivamente se trataba de una función titulada *El Ramillete*, que iba á celebrarse en San Jerónimo el Real, y donde, ante Jesus sacramentado expuesto, entonarían cuatrocientas niñas la cantata *Blancas margaritas*.

¡El disloque!

De un periódico republicano de Badajoz correspondiente al 26 del pasado mes:

»Mañana, miércoles, estrenará la Virgen de Bótoa el sombrero de viaje, regalo de la señora doña Josefa Pizarro, que es idéntico al de la Pastora de Capuchinos que se venera en Sevilla, por cuya imágen tienen gran predilección los andaluces.»

¿Sombrero, y de viaje, la Virgen? Esta idea debe haberse ocurrido á alguna modista de sombreros, ahora que se acerca la estación veraniega.

¡Y luego dicen los impíos que los santos no sirven para nada!

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Celebrábase en la capilla del Hospicio de Oviedo la fiesta de las flores de Mayo.

Prende fuego una de las velas á las flores artificiales, y ¡arsa, pilili! se propaga afortunadamente el incendio al pabellón que cubría el tabernáculo.

Se arrojan algunos devotos á apagar el voraz y en aquella ocasión providencial elemento, y allá va de estampía el viril con la sagrada forma.

¡Horror, profanación, desgracia irreparable! Hubo fiel que abandonó el templo presa de un pánico espantoso, y se comió dos kilos de jamón de Avilés para cobrar algún ánimo.

Un canónigo recogió por fin el sacramento (así he oído decir que se llama, aunque no me atrevería á jurarlo), y la calma renació, sobre todo, después que los fieles vieron el fuego extinguido.

Estas noticias me regocijan mucho.

La escena, en un pueblecillo inmediato á Granada

Rezoz por aquí, procesiones por allá, y nada, sin llover.

Por fin un licurgo dijo que no llovía porque el santo patrono no tenía sed, y los fieles colocaron una bacalada al lado del santo, para que se acordase del agua.

A los cuatro días llovió, y no hay quien saque de la mollera á aquellos pedazos de católicos, que le deben el agua al santo.

Una duda:

¿Quien se comió después la bacalada? Sospecho que el cura.

Y si fué así, de seguro que no se acordó del agua al saborearla, como el santo al olerla, si no del vino.

Parece que le oigo exclamar entre sorbo y sorbo, ya medio apitimado y dirigiéndose á su hijo:

—Ese santo no sabe que el bacalao pide vino, no agua.

Ha llegado á Cádiz un hermano del arzobispo de Weintmester, armado de cimitarra para dividir á los fieles.

¿Con qué pretexto? Con el de construir en la ca-

tedral de Londres un Sagrario con el dinero de los españoles.

Nuestra fama de imbéciles rueda por el universo mundo.

¡Hasta los ingleses nos piden ya dinero para cosas de Iglesia! ¡Los ingleses, cuya misión en la tierra es darlo!

¡Si seremos brutos!

Ha dicho un P. Sola que en España sólo piden confesión en sus últimos momentos el *siete* por ciento de los habitantes, y niega, por lo tanto, que éste sea un país católico.

Soy de la opinión de ese fraile. En España no hay católicos, sino cucatólicos.

Parece que no cuaja lo de los batallones místicos. Los obispos que han tratado de demostrar que no se había perdido la santa tradición que tantos batallones llevó en otro tiempo á los carlistas, van á quedarse con un palmo de narices.

Lo celebro de todas veras.

Me dicen que un tal Fernández, cura de misa y pucherete, valiéndose de mañas corrientes en la gente de sotana, convenció á doña Adela March y March para que hiciese testamento legándole la fortuna no despreciable que poseía, usurpándose la á los hermanos y hermanas de la finada, personas conocidas en esta Corte; y que se dió tan buena maña en su empresa, que consiguió el que le declarase heredero universal.

Que no es el primer gato desollado, pues por igual proceder ha dejado á otros herederos en la miseria, y que, según noticias, se está preparando otro nuevo negocio como los citados.

Ignoro si los hechos son ó no ciertos, pero en caso afirmativo, hay que dar gracias á Dios de que ese cura sea de misa y olla, por que si llega siquiera á saber un poco de teología, se declara heredero universal de todos los católicos españoles.

DISPAROS

Blasco Grajales, diputado provincial de Valencia, ha combatido enérgicamente la proposición de auxiliar á aquel arzobispo para formar un batallón.

Este es de los pocos que siempre responden.

No lo felicito, por que le disgustaría que lo elogiase por cumplir con lo que considera un deber.

Se trata de conceder á los catedráticos de la voluntaria asignatura de religión y moral, (ninguno de los cuales ha obtenido su cátedra mediante oposición) el derecho á formar parte de tribunales de examen de otra cualquier asignatura.

Todo lo que quieran. La cobardía de los catedráticos que se tienen por liberales ha dado lugar á que se imponga la clerecía en la enseñanza.

Si oportunamente hubieran protestado con dignidad y energía, no se hubiera llegado á este extremo.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Victor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por íd.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo *La paz*, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand.

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

RECIENTE PUBLICADOS

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

EN PRENSA

Cartas á Eugenia, por Frère.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.